

unidad de la Iglesia, se despertara también en Francia de la manera más poderosa (1); bien que de pronto fracasaran, sin embargo, todas las tentativas de unión (2), porque ninguno de los dos Papas poseía bastante grandeza de ánimo para poner término á aquel funesto estado de cosas; y parecía que la Cristiandad había de acostumbrarse á tener dos papas y dos curias. Después de la muerte de Bonifacio IX (1 de Octubre de 1404) eligieron los cardenales romanos por Papa, otra vez á un napolitano, Cósimo de'Migliorati, de sesenta y cinco años de edad, el cual tomó el nombre de **Inocencio VII**. Antes de proceder á la elección, suscribieron los cardenales un convenio en que se comprometían, y obligaban rigurosamente al futuro Papa, á procurar la unidad de la Iglesia (3).

El breve reinado (1404-1406) de Inocencio VII, el cual estaba animado de grande amor á las ciencias y á todas las artes de la paz, es importante, porque muestra con su ejemplo, de qué manera el Pontificado, aun en los más adversos tiempos, ha tomado á pechos el cultivo de las ciencias (4). Es menester representarse las inquietudes de Roma, las dificultades que prepararon al pacífico Inocencio VII la atrevida política del influyente rey Ladislao de Nápoles y los manejos del astuto antipapa, para estimar enteramente sus merecimientos. En medio de todas aquellas dificultades incomparables, concibió Inocencio VII el plan de librar á la Universidad romana, fundada por Bonifacio VIII, de la ruina en que había caído entre las turbulencias de los últimos tiempos; y el 1 de Setiembre de 1406, publicó una

(1) Valois II, 429.

(2) Estos conatos de unión, que pertenecen á los más tristes capítulos de la Historia eclesiástica, no pueden examinarse con detenimiento en esta Introducción. Cf. particularmente Hefele VI, 703 ss. (2. Aufl. 826 ss.), el cual ofrece, sin embargo, más bien una serie de extractos de actas, que una Historia crítica. Además son de considerar las monografías de Schwab sobre Gerson (partic. 118 ss.), de Tschackert sobre Pedro d'Ailly (91 ss.) y de Erler sobre Niem (152 s.). Pero sobre muchos puntos importantes no dan con todo esos trabajos ninguna luz, y es muy de desear una detenida investigación de esta época, tan lastimosamente descuidada. La obra de Valois, rica de materiales, no llega más que hasta el año 1394.

(3) Souchon, Papstwahlen I, 280 s. Sobre la errónea comprensión de los documentos por Souchon v. Haller in Gött. Gel. Anz. 1900, p. 880 ss. Acerca del Registro de Inocencio VII, cf. Baumgarten en la Rassegna abruzzese 1897.

(4) Reumont III, 1, 294. Acerca de la opresión de Inocencio VII por los romanos, cf. Gregorovius VI³, 541 s.

bula en la que declaraba querer restituir á Roma el estudio de las ciencias y de las artes liberales que, aun prescindiendo de su utilidad, son el mayor ornamento de las ciudades; por eso dirigía su solicitud á llamar y atraer á la Universidad romana los más experimentados maestros en cada una de las ciencias, y no sólo la Teología y el Derecho civil y canónico, sino también la Medicina, Filosofía, Lógica y Retórica habían de ser enseñadas en aquella escuela superior. «Finalmente—decía Inocencio VII—para que ninguna cosa falte á nuestro establecimiento, habrá también en él un maestro que dé la más perfecta enseñanza de la lengua griega y de su literatura.»

Así el hermoso lenguaje clásico de la bula, como el entusiasta encomio de la Ciudad eterna que hacia el fin de la misma se contiene, reflejan la tendencia humanista que iba penetrando más y más en la Curia (1). «No hay en la tierra—se dice allí—otra más ilustre y noble ciudad que Roma; ni otra en donde más largo tiempo hayan florecido los estudios que ahora queremos restaurar en ella; pues aquí se echaron los cimientos de la literatura latina, se escribió el derecho civil y se transmitió á los pueblos, y aquí está también el asiento del derecho canónico; en Roma se engendró toda sabiduría y doctrina, ó fué por lo menos recibida de los griegos. Al paso, pues, que otras ciudades han de aprender las ciencias ajenas, en Roma solamente se enseñan las propias.»

Pocos meses después de la publicación de esta bula, murió el generoso Inocencio VII, y sus laudables planes quedaron en seguida paralizados (2).

Las turbulencias de aquella época eran sin duda alguna muy desfavorables para las musas; pero sin embargo, precisamente en aquel tiempo fué penetrando en la Curia el floreciente Humanismo. Ya no hallamos, desde el principio del siglo xv, como en la época de Aviñón, algunos humanistas aislados; sino en número grande y cada vez mayor, al servicio de los papas; y entre ellos algunos, cuyo empleo en la Curia arroja una luz nada favorable

(1) Cf. Gregorovius VI³, 649, quien supone que Poggio compuso la Bula. El notable documento está impreso en Raynald ad a. 1406 n. 2 y en Renazzi I, 273-274; cf. Denifle I, 312.

(2) Niem II, 39. Acerca de los esfuerzos de Inocencio VII dirigidos á la reforma de la Curia, cf. además de Gobelino Person, también á Niem II, 41.

sobre las circunstancias de la época. El más sorprendente ejemplo, bajo este respecto, es la entrada, acaecida por ventura reinando todavía Bonifacio IX, del ya bastantemente caracterizado *Poggio*, en la serie de los escritores apostólicos. Poggio, conservó este muy bien retribuido empleo bajo el gobierno de ocho papas, ejercitando á la vez, en algunos tiempos, otros varios cargos, y trabajando en la Curia cerca de medio siglo, bien que con algunas interrupciones (hasta 1453), á pesar de que aquel hombre frívolo no tuvo nunca afecto ninguno á la Iglesia ó á alguno de los papas (1). Bien es verdad que escribió más adelante una vehementísima invectiva contra el papa del Concilio de Basilea, Félix V; pero se equivocaría quien infriese de ello, que movió su pluma el celo por la causa de la Iglesia. Cuán grande fuera éste, se ve en su relación sobre la muerte de Jerónimo de Praga (2). La animosidad que sentía Poggio contra Félix V, era pura y simplemente, porque éste ponía en contingencia su comederio de la Curia romana; la verdadera contienda entre los partidos papal y conciliar, le era sin duda alguna tan indiferente como la herejía de los husitas.

El que un hombre semejante pudiera sostenerse en el servicio de los papas, se hace comprensible por las tristes confusiones que habían sido consecuencia del cisma; pues, luego que los hábiles doctores de París, y los eruditos de muchas otras universidades, hubieron tomado parte en la controversia eclesiástica que conmovía al mundo, y pretendían de varias maneras poner mano en su resolución, viéronse forzados los papas á proveerse de nuevos campeones literarios. Las continuas negociaciones sobre la unión de la Iglesia, hacían absolutamente necesario tener á mano hombres de talento y conocimientos; y como tales se ofrecían los humanistas, muchos de los cuales pretendieron con ansia los lucrativos puestos de la cancillería pontificia; pero no puede excusarse completamente la falta de previsión que mostraron algunos papas, en emplear á ciertos partidarios del falso renacimiento; aunque, para juzgar con rectitud, es menester, en éste como en otros puntos, tener muy en cuenta las circuns-

(1) Voigt, *Wiederbelebung* II³, 7 s. Según Voigt-Zippel, 43, el nombramiento de Poggio para escritor apostólico tuvo lugar á principio de 1404; cf. *Novati* III, 653 ss.

(2) Cf. *supra* pág. 141.

tancias de aquella época. El Humanismo había alcanzado ya gran importancia política, y el exagerado culto de la forma había empezado á dominar de tal suerte, que no se atendía en último término al contenido, sino al esplendor de la oración; porque el encanto de la elegancia clásica se apoderaba de los ánimos más que la profundidad de los argumentos (1); y cuando, aun en pequeñas ciudades, las cancillerías se acomodaban á las exigencias de la nueva escuela humanista, ¿cómo hubiera podido quedarse rezagada la cancillería pontificia? (2)

Los humanistas se habían ido levantando de día en día á la importancia de vehículos de la opinión pública, y tenían clara conciencia de ello; por lo cual se presentaban muchas veces con la soberbia de una potencia universal (3). Y el Pontificado, ceñido por todas partes de enemigos, hubo de tomar en consideración esta realidad, no menos que los demás príncipes de Italia. El miedo que supieron inspirar los humanistas, aun á los más poderosos tiranos, lo indica una expresión del duque Juan Galeazzo Visconti de Milán, el cual parece haber dicho: que podía hacerle más daño una carta de Coluccio Salutato, que un millar de caballeros florentinos; y la fuerza de las cartas que compuso contra los papas aquel hombre extraordinariamente exacerbado, tuvo que sentirla tan pesadamente Gregorio XI, que sus sucesores se acordaron sin duda mucho tiempo de ella (4). A lo cual se agregó otra circunstancia; es á saber; que las oraciones en estilo ele-

(1) Körting, I, 293; cf. 449; Voigt II³, 342; Woltmann II, 132; Ottenthal 63, y Müntz, *La Renaissance* 82 s.

(2) Con qué solicitud miraran ya los papas de los siglos XIII y XIV la latinitad de sus cartas, lo demuestra Delisle en la *Bibl. de l'École des Chartes*, sér. IV, t. IV (Paris 1858), 30.

(3) Hasta qué punto estuvieron los humanistas pagados de sí, lo muestra la contestación que dió á Cosimo de'Médici el desterrado Filelfo: «Cosimo emplea contra mí el puñal y el veneno; yo empleo mi ingenio y pluma contra él.—No quiero su amistad y desprecio su enemistad.» Es asimismo muy significativo el trabajo que se tomó Cosimo para aniquilar el escrito de Filelfo «De el destierro», que le afrentaba ante la posteridad á él y á su familia. «La teoría, dice Voigt (I³, 365), de que su pluma podía otorgar la inmortalidad ó la afrenta, no aparecía sólo en el altivo ánimo de Filelfo, sino que era creída por hombres de grande instrucción.» Otro ejemplo que viene bien aquí refiere Voigt I³, 524 s.; cf. 448. Respecto de Poggio narra Vespasiano da Bisticci (*Mai* I, 550), que su pluma inspiraba un general temor.

(4) Cf. la expresión más adelante inserta de Eugenio IV. Sobre el enojo de Salutato contra el papado cf. *Salutatus*, *Epist.* ed. Rigacc. I, 100. 177-181; II, 29; ed. Mehus (*Florentiae* 1741) 131.

gante se habían hecho entonces tan usuales, que nunca podía prescindirse de ellas, en las conclusiones de tratados, en las embajadas y en otras solemnidades privadas y públicas; cada Gobierno y á veces hasta las familias ricas, tenían su orador oficial; y así como ahora raras veces se celebra una fiesta sin música, así entonces era una oración latina el mejor entretenimiento para un ilustrado concurso (1); todo lo cual explica que los papas creyeran no poderse pasar sin un literato como Poggio, que poseía la más ejercitada pluma de todos sus contemporáneos.

En tiempo de Inocencio VII entró en la cancellería pontificia otro célebre humanista, *Leonardo Bruni*, y es significativo lo que se refiere acerca de su colocación. Bruni había sido recomendado al Papa por Poggio y Coluccio Salutato, por lo cual Inocencio VII quiso nombrarle desde luego secretario pontificio; pero á este designio se opuso un partido cortesano, que favorecía á otro pretendiente, y hacía valer contra Bruni su edad demasiado juvenil. A consecuencia de esto andaba el Papa dudoso sobre si debía nombrar á Bruni, cuando llegaron de Francia dos importantes escritos, á los cuales era necesario dar una larga contestación. El Papa y los cardenales propusieron, pues, á ambos aspirantes, la obtención del puesto vacante como premio del que mejor redactara aquellos escritos; y habiendo sido leídas ambas respuestas en el Consistorio, todos resolvieron unánimemente, que Bruni aventajaba en gran manera á su competidor, por lo cual el Papa procedió desde luego á su nombramiento (2).

(1) Villari I, 103; cf. Schnaase VIII², 528; Paulsen 31, y Symonds, Revival 156 ss.

(2) Bruni, Epist., ed. Mehus (Florentiae 1741) I, 1. Cf. Mazzuchelli I, II, 765 s. Bruni á quien no se puede contar entre los humanistas cristianos (cf. Cian en el Giorn. st. d. lett. ital. XXIX, 411 y Rösler, Dominicis Erziehungslehre 183), convirtióse enteramente antes de su muerte. Había servido también á Gregorio XII, Alejandro V y Juan XXIII y sido canciller de la República de Florencia, donde se le erigió un hermoso sepulcro del renacimiento, obra de Bernardino Rosselino. El epitafio que le compuso Vegio, dice:

Hoc Aretini Leonardi tecta sepulchro,
Quo nemo eloquio clarior, ossa cubant.
Heu quantum damni tali tibi lumine raptó
Et graeca et pariter lingua latina facis.
At vivit cuius aeternum scripta legentur
Aeternum cuius fama superstes erit:
Quam terris longe celebratam extenderat usque
Ad summos quos nunc incolit ipse polos.

Cod. 5552 f. 39^b de la *Bibliot. r. é imp. de Viena*.

Desde los primeros años del pontificado de Inocencio VII, quien puédesse decir entró el primero por el camino que más adelante siguieron Eugenio IV, Nicolao V y otros papas (1), fué también empleado como secretario en la Curia romana el conocido *Pedro Pablo Vergerio*, el cual llegó á ser íntimo consejero del Papa y fué tratado con gran distinción (2). Es característico, para comprender la fuerza que había alcanzado el Humanismo en Roma con sorprendente rapidez, el haberse confiado á dicho humanista, antes de la elección de Gregorio XII, el cargo de dirigir, á los cardenales congregados en el consistorio, un discurso sobre la unión de la Iglesia, y que Vergerio no tuviera empacho de decir en tal ocasión cosas bien amargas á aquellos príncipes de la Iglesia (3). En el tiempo siguiente se fué haciendo cada vez más común utilizar á los humanistas como personas de superior instrucción, en el servicio de los papas, en la cancellería y aun en la diplomacia, y pronto llegó un tiempo en que ninguna cosa podía conducir más ciertamente á las dignidades de la Corte pontificia, que la formación clásica. Bajo el sucesor de Inocencio VII, Gregorio XII (1406-1415) se atrajo de nuevo á otros humanistas á la Corte de los papas, entre otros á *Antonio Loschi de Vicenza*, el cual fué autor de un nuevo formulario para los negocios curiales, mediante el cual había de introducirse en ellos el estilo ciceroniano; y aunque los esfuerzos de Loschi no pudieron vencer las dificultades que traía consigo el carácter jurídico de las fórmulas, con todo, los documentos redactados en la Curia desde su tiempo, se distinguen por un estilo más puro y una más escogida

(1) Papencordt 495, pone con razón esto de relieve.

(2) Cf. C. A. Combi, *Memorie sul Epistolario di P. P. Vergerio* (Venezia 1880) y *Hist. Jahrb.* XVIII, 294.

(3) «Mihi quidem videtur, si nunc voluntate Dei Petrus et Paulus resurgent a mortuis, huc intra venientes Ecclesiam hanc non recognoscerent; opinor ne magis eam pro sua reciperent quam ipsi reciperentur a nobis. Nam nisi bullas haberent (in quibus ipsi nihil habent nisi effigiem), non haberetur eis fides; vix autem habere fidem possent, si quidem eis neque argentum esset neque aurum», etc. «Cavete, patres conscripti, dice Vergerio en otro lugar, ne dum urbem custoditis, orbem amittatis et pro exiguo temporali dominio universa spiritualis obedientia depereat», y en otro lugar: «Si praesentem occasionem negligitis spe unionis omnino sublata nova statuentur decreta, insoliti excogitabuntur articuli, inveterabitur res ista quemadmodum schisma Graecorum.» La oración fué publicada por C. A. Combi en el *Archivio storico per Trieste, l'Istria ed il Trentino* (Roma 1882), I, 360-374. Cf. á este propósito Kopp en el *Hist. Jahrb.* XVIII, 295 ss.

forma de expresión; bien que muchas veces no permita el contenido apartarse de la estricta terminología jurídica. El influjo de Loschi en la época posterior, no puede desconocerse, y uno de los más capaces y expeditos secretarios de la nueva generación, Flavio Biondo, dice expresamente, que le había tenido por maestro en el cargo de secretario papal (1).

Pero ya es tiempo de que volvamos la consideración á las confusiones del cisma, cuya crisis se precipitaba á más andar, y sobrevino en el pontificado de **Gregorio XII** (2).

Durante los primeros años del cisma se había procurado demostrar, por medio de argumentos canónico-históricos, la legitimidad de uno y la ilegitimidad del otro de los papas; pero por efecto de las intrigas de los cardenales rebeldes y de su antipapa, no se había conseguido otra cosa sino obscurecer el propio nudo de la cuestión jurídica. «Cuanto más angustiosamente se esforzaban más adelante las personas concienzudas en investigar de qué parte estaba la razón ó la sinrazón, tanto más parecían contrabalancearse los argumentos en pro y en contra; ó bien las pasiones apartaban los ojos de los argumentos, ó la violencia los pisoteaba» (3). Y la desesperación se apoderaba de los mejores, viendo que el cisma era algo de que no podían desenredarse; un laberinto cuya salida no acertaban á encontrar (4). El camino de la investigación del derecho, que había de hacerse cada día más difícil (5), por el transcurso del tiempo y á consecuencia de la grande agitación dominante, no conducía á ninguna salida.

Ya desde muy pronto, y luego repetidas veces, se había

(1) Voigt II², 20. Cf. Giov. da Schio, Sulla vita e sugli scritti di A. Loschi Vicentino (Padova 1856) 106.

(2) H. V. Sauerland, Gregor XII, von seiner Wahl bis zum Vertrage von Marseille, en la Hist. Zeitschr. XXXIV, 75. Sobre la objetivamente recta y valedera elección de Gregorio XII, cf. Heinrich, Dogm. Theol. II, 419. Raynald (1406 n. 13) da erróneamente como día de la elección el 2 de Dbre. La verdadera fecha (30 Nbre.) se saca, entre otros, del escrito de los cardenales á Ludovico de Saboya d. d. Romae in palatio apost. die XI assumptionis praefati domini nostri, X vero decemb. Orig. Mat. eccl. cat. 45. Mazzo 9 n. 11, en el *Archivo público de Turín*. Por esta fecha se decide también Souchon I, 113, sin mencionar el escrito sacado ya por mí en 1886.

(3) Raumer, Kirchenvers. 17-18.

(4) Gerson, Opp. II, 22. Cf. Flathe II, 62.

(5) «Tam desunt morte plures qui facta viderunt,
Deficient omnes»,

se dice en el Carmen pro pace de Langenstein (ed. Hardt 19).

propuesto el plan de remitir la decisión á un concilio ecuménico; pero así Urbano VI como Clemente VII eran enemigos de semejante tentativa (1); á pesar de lo cual, el plan del concilio volvía siempre á proponerse de nuevo, y aun el rey Carlos V se inclinaba á él en los últimos años de su vida (2); y así, en Mayo de 1380 admitió la dedicatoria de una obra, que desenvolvía por muy profunda manera la conveniencia del concilio (3). A 20 de Mayo de 1381 resolvió la Universidad, en una solemne junta de las cuatro facultades, que era necesario poner fin á la perniciosa excisión por medio de un concilio, y se había de trabajar por todos los medios posibles cerca de los príncipes eclesiásticos y seculares con este objeto (4). Pero Carlos V había fallecido ya, á 16 de Septiembre de 1380, y en nombre de Carlos VI, que no contaba más de doce años, tomó la regencia el duque Luis de Anjou, cuyo objetivo era extender la dominación de los franceses en Italia. De ahí su encendido celo en favor del débil antipapa, que le había prometido el reino de Adria; y Clemente VII lo sacrificaba todo, rentas, tierras y aun la futura independencia de la Santa Sede, para llevar á Luis á Italia, con el fin de que aniquilara allí á Urbano VI con la fuerza de las armas (5). Y como el voto de la Universidad en favor de una general asamblea de la Iglesia, amenazaba seriamente estos planes, Luis de Anjou prohibió severísimamente á los profesores, hablar siquiera de concilio (6); á pesar de lo cual continuaron siempre oyéndose voces que lo reclamaban; y cuánto siguieran influyendo las ideas que había expresado principalmente Conrado de Gelnhausen, se iba á conocer bien pronto.

Clemente VII puso entre tanto todas sus esperanzas en la expedición de Luis á Italia. Á 30 de Mayo de 1382 bendijo las banderas del ejército francés, y al día siguiente emprendió Luis de Anjou la marcha; pero no debía volver á Francia, y su muerte, acaecida en Bari á 21 de Septiembre de 1384, fué un rudo golpe para el antipapa (7). A pesar de esto, no abandonaba todavía

(1) Cf. Hefele VI, 668 ss. (2 Aufl. 789 s.); Valois, La France I, 318 ss.

(2) Valois, La France I, 325.

(3) Cf. acerca de este importantísimo escrito, infra.

(4) Denifle, Chartularium III, 582 (n. 1637).

(5) Valois, La France I, 183.

(6) Denifle, Chartularium III, 583. Kneer 26.

(7) La hasta ahora insuficientemente conocida Historia de la Expedición